



# Virtudes Esenciales

Padre Santiago Azcarate C.M.

Asesor Religioso de la SSVP



# Virtudes Esenciales

*Dice el número 2.5.1 de la Regla de la Sociedad que “los Vicentinos buscan imitar a San Vicente en las cinco virtudes esenciales que fomentan el amor y respeto por los pobres”. Y cita concretamente en ese contexto las virtudes de sencillez, humildad, afabilidad, sacrificio y celo. A lo largo del presente año iremos reflexionando sobre cada una de esas virtudes; pero podemos centrarnos hoy en la reflexión sobre el hecho mismo de la virtud.*

*No es ésta una palabra muy apreciada en nuestra cultura ni muy usada en nuestro vocabulario. Se tiende hoy más a hablar de actitudes o de valores que de virtudes. Y, sin embargo, la idea de “virtud” ha gozado de extraordinaria importancia tanto en nuestra tradición cultural como en nuestra raíz religiosa.*

## Introducción

Las virtudes vendrían a ser como la cristalización de los buenos sentimientos. Éstos aparecen en nosotros y pueden resultar pasajeros y volubles. Las virtudes los fijan en una mayor permanencia y estabilidad. De ahí que las virtudes definen en buena medida nuestra manera de estar en el mundo y nuestro comportamiento con respecto a los demás. De las virtudes que nos distinguen depende en gran parte la conformación de nuestra personalidad y el resultado de nuestras decisiones. No es lo mismo situarse ante el mundo con responsabilidad que con pasotismo, con humildad o con soberbia, con magnanimidad o con envidia, con sencillez o con apariencia, con mansedumbre o con ira. Por eso nuestra formación humana y nuestro crecimiento espiritual no pueden detenerse en el moldeado de unos sentimientos, sino que han de ahondar en la configuración de unas virtudes que hagan de nosotros unos individuos sanos, nobles, virtuosos, cristianos.

Todas las grandes tradiciones y culturas han consagrado una serie de valores como propios de la condición humana. En buena parte, nosotros hemos recogido

la herencia de la “virtus” latina, palabra que no podemos traducir sin más por virtud, sino que tiene resonancias más hondas. “Virtus” es el conjunto de cualidades propias de la condición humana. Es la energía vital, el valor, la valentía, el esfuerzo. Es el mérito, el talento, la fuerza personal.

Pero podemos centrarnos sobre todo en las virtudes que se desprenden de la vida de Jesús en el Evangelio. Él vivió de manera distinta: ni desde la Ley que obsesionaba a los judíos, ni desde el Derecho que distinguía a los romanos, ni desde la Filosofía que entretenía a los griegos. Jesús vivió desde el ser humano, desde el prójimo, desde el otro. Y por eso cultivó unas virtudes que no siempre eran bien consideradas por sus contemporáneos, pero que daban otra densidad a la vida: virtudes como la compasión, la humildad, la sencillez, la ternura, el coraje...

Cierto que Jesús no definió la virtud ni clasificó las virtudes. Eso lo han hecho después otros en la historia de la espiritualidad cristiana. Y nos han hablado de la virtud como de “la disposición constante a hacer el bien” o “el hábito de obrar bien por propio natural”. Y han dis-

## Introducción

tinguido las virtudes según su objeto en teologales o morales, según su origen en infusas o adquiridas, según su fin en sobrenaturales y naturales, según su grado en heroicas y comunes. Jesús se limitó, más bien, a proponer una forma de vida nueva en el sermón de la montaña (Mt 5-7) forma de vida caracterizada por la pobreza, la misericordia, la mansedumbre, la limpieza de corazón, la justicia, la paz... Desde entonces, la persona que es engendrada por Dios en el bautismo (Jn 3,5) se compromete a orientar su vida desde esas virtudes; de manera que Cristo apela muchas veces a ese compromiso: para inculcar la renuncia (Mt 16,24-25) la humildad (Mt 18,1-6) la caridad (Jn 13,34) Y lo mismo harán los apóstoles (Ef 4-6)

Cuando san Pablo describe la nueva vida, parece utilizar un conjunto de virtudes morales usado ya por los pensadores paganos y judíos de su tiempo (Gál 5,22: 1 Tim 6,11) pero no olvida recordar que son fruto del Espíritu Santo. Las acciones buenas del cristiano dependen ciertamente del libre esfuerzo humano, pero más aún del Espíritu. De él viene la virtud, el vigor subjetivo. Él nos lo concede para que podamos dar testimonio de Cristo (Lc 24,29) para mantener la confianza (Rom 15,13) para progresar en la unión con Cristo (Ef 3,16-19) La vida del cristiano está, pues, sostenida por el Espíritu Santo, que nos transforma, nos infunde virtud y nos hace semejantes a Jesús.

Las virtudes, en definitiva, definen nuestro ser cristiano, nuestro estilo vital. Y si es verdad, como decía el francés Montaigne, que “el estilo es el hombre”, las virtudes caracterizan no sólo nuestra espiritualidad sino toda nuestra personalidad. El estilo es lo que nos distingue: no tanto la forma de vestir, de trabajar, o de vivir, sino el espíritu que nos alienta. Éste no se ve, ni se mide, pero nos caracteriza. Por eso no es indiferente el cultivar una u otra virtud. A menudo, y más en época de activismo y de resultados tangibles, pen-

samos que da igual un talante que otro, un espíritu que otro, un estilo que otro. Y el pensar así es peligroso; porque nos acaba convirtiendo en meros instrumentos, nos acaba desdibujando, desidentificando, desanimando. De ahí que sea tan importante el conocer nuestras virtudes esenciales para poder cultivarlas.

Les decía San Vicente de Paúl a las Hijas de la Caridad que el día en que en ellas no se viviera la sencillez, la humildad y la caridad estarían muertas. Así ocurrirá también con los vicentinos: el día en que no se vean su sencillez, humildad, afabilidad, sacrificio y celo habrán dejado de vivir. Son virtudes que nos hacen vivir, porque son virtudes que nos enraízan en Cristo y que fructifican en el servicio a los pobres. No se trata de virtudes ascéticas, místicas o morales, tendentes a la perfección individual. Se trata de virtudes evangélicas que reclaman adhesión a Dios, seguimiento de Jesucristo y participación en su misión. De vivir con ese estilo propio, según las virtudes vicentinas, depende, por tanto, la calidad de nuestra entrega a Dios y la densidad de nuestro servicio a los pobres.

# Sencillez: virtud de la transparencia

**A**l enumerar las virtudes que los Vicentinos han de imitar de San Vicente de Paúl para fomentar el amor y el respeto por los pobres, la Regla empieza por la virtud de la sencillez, que “incluye franqueza, integridad, generosidad” (2.5.1)

La sencillez, a decir del Diccionario de la Real Academia Española, es la “calidad de lo que no tiene artificio ni composición”; lo que carece de ostentación y adorno; lo que no ofrece dificultad; el que no tiene doblez ni engaño y dice lo que siente. La sencillez es, pues, autenticidad, transparencia, verdad. La persona sencilla resulta, por eso, cercana, coherente, clara, veraz, creíble.

No puede extrañarnos entonces que la sencillez sea una virtud característica de la personalidad de Jesús. Él es un hombre sencillo, cercano, que vive sobriamente y se expresa con toda naturalidad. Ama la verdad y aborrece la doblez y la hipocresía (Mt 23) Se rodea de gente sencilla a la que presenta con claridad el mensaje del Reino. Y da gracias a Dios “porque ha ocultado las cosas a los sabios e inteligentes, y se las ha revelado a los sencillos” (Mt 11,25) Recomienda que seamos “sencillos como palomas” (Mt 10,16) Y urge a los discípulos a que su “sí sea sí y su no sea no” (Mt 5,37) Si Jesús es la Verdad, según testimonio del evangelista san Juan (14,6) en él no cabe la mentira, ni el disimulo, ni la confusión, ni la apariencia. Si Jesús es la Verdad, es

propia de él la sencillez, la transparencia, la veracidad.

Precisamente ya desde Santo Tomás de Aquino los teólogos y autores espirituales han visto la sencillez como una virtud que se entronca con la veracidad. La sencillez es una faceta de la veracidad, que impele al ser humano a buscar la verdad, a decirla y a vivirla. Casi podríamos definirla como “la pasión por la verdad”, lo cual excluye la duplicidad y la mentira y posibilita la honradez, la confianza y la convivencia.

Teniendo la sencillez una consideración tan grande a nivel humano y cristiano, sorprende quizá la contradicción con que se vive en el mundo de hoy. Por un lado, agrada lo sencillo, atraen las personas nobles, se aprecia a quien se muestra cercano, gusta la gente sincera y se quiere la verdad. Pero por otro lado, estamos inmersos en la cultura de la imagen y se cultiva la apariencia, prima la superficialidad, se incumplen las promesas, se usa un lenguaje ambiguo y se practica la simulación. En un ambiente así no es fácil vivir la sencillez. Y seguro que todos recordamos aquella famosa canción de hace pocos años que decía “antes muer-ta que sencilla”.

San Vicente de Paúl amaba entrañablemente esta virtud. Repetía con frecuencia que era la virtud que más apreciaba y llegó a llamarla “mi Evangelio”. “Siento una especial devoción y consue-

## Sencillez: virtud de la transparencia

lo al decir las cosas como son”, les confesaba un día a las Hijas de la Caridad. La sencillez venía a ser para nuestro santo armonía entre lo que uno es y lo que parece, correspondencia entre lo que se dice y lo que se piensa; en suma, autenticidad y coherencia. Consiste en la transparencia del lenguaje, de los gestos y de las motivaciones; en la correspondencia entre lo que se dice y lo que se hace. De este modo, la sencillez dice relación con otras muchas virtudes como la veracidad, la sinceridad, la limpieza de intención, la pureza de corazón, la transparencia...

Desde esta perspectiva, es fácil identificar las actitudes contrarias a la sencillez que tantas veces aparecen en los autores espirituales y que se ha de tratar de evitar: la mentira, la astucia, la doblez, la hipocresía, la vanagloria, la vanidad, el respeto humano... el deseo de agradar, el afán de quedar bien, el artificio, el doble lenguaje, la simulación...

Más importante que citar lo contrario a la sencillez es recordar algunos elementos que pueden ayudar a los vicentinos a cultivar esta virtud tan característica de la espiritualidad cristiana y vicenciana:

Se trata, en primer lugar de llegar a ser personas francas, sinceras, que dicen la verdad. Hablar y ser testigos de la verdad son valores centrales del cristianismo. Porque Jesucristo es la Verdad y porque quienes son sus seguidores han de ser, como Él, testigos de la verdad. El vicentino ha de ser, por eso, persona de palabra, coherente, que mantiene sus compromisos y los cumple; alguien de quien uno se puede fiar porque es transparente, leal, fiel.

La sencillez implica, en segundo lugar, que seamos personas en busca de la verdad. Es cierto que la hemos descubierto ya en Jesucristo; pero, mientras vivimos en este mundo, andamos a tientas y vemos como en un espejo, por lo que es preciso seguir buscando, Y esto

implica acoger a otros, saber escuchar, formarse, dialogar, contrastar las ideas, ser tolerantes, abrirse a la pluralidad y al intercambio.

La regla menciona también como rasgo de la sencillez la integridad. Esto significa el propósito de llevar una vida íntegra, seria, responsable. Hacer de la honradez y la honestidad un criterio definitivo de vida y desterrar, por tanto, la corrupción, la vanidad, la vacuidad, el artificio, la banalidad.

Esencial es finalmente la sencillez de vida. Si el vicentino busca seguir a Jesucristo y amarle y servirle en la persona de los pobres, habrá de llevar una vida como la de Jesucristo: sencilla, limpia, ordenada, sobria, austera. Difícilmente será creíble su vida y su vocación, si su estilo de vida no se ajusta a los parámetros de sencillez y dignidad. Lo cual no se ha de confundir con la monotonía, la ordinariéz o la falta de belleza. Al contrario, la sencillez es una de las características del arte auténtico; la sencillez implica belleza y buen gusto; por lo que hay que esmerarse en alcanzar una vida sencilla.

# Humildad: virtud de la cercanía

**D**esde el deseo de fomentar el amor y el respeto por los pobres, la Regla de la Sociedad propone la práctica de la humildad, que supone “aceptar la verdad tanto de nuestras debilidades como de nuestros dones y carismas, aun sabiendo que todo nos lo ha dado Dios para los demás, y que no podemos lograr nada de valor eterno sin Su gracia” (2.5.1)

La palabra “humildad”, que viene del latín ‘humus’, tierra, y que pretende indicar algo “de poca importancia”, designa la virtud de quien reconoce su propia limitación como criatura y asume su propia insuficiencia para conseguir la salvación, que sólo Dios nos puede dar de manera gratuita. A ello apunta precisamente la descripción de la Regla.

La humildad es una virtud que se apreciaba mucho ya en el Antiguo Testamento: a la grandeza y la gloria de Dios le corresponde la humildad del ser humano. La condición del humilde se describe a menudo con términos que indican al pobre en sentido material y espiritual. Se desarrolla así una profunda conexión entre pobreza y humildad. Ambas virtudes indican la actitud de quien se abandona a Dios con confianza y paciencia para realizar su voluntad. La humildad viene a ser la vida de la fe: “Buscad al Señor vosotros todos, humildes de la tierra... Buscad la justicia, buscad la humildad” (Sof.2,3)

El testimonio definitivo de la humildad nos lo aporta el Nuevo Testamento en la persona de Jesucristo. El Evangelio según san Mateo nos propone la imitación del Señor, que es “manso y humilde de corazón” (Mt 11,29) San Pablo canta emocionado esa humildad de Cristo en el impresionante himno de la carta a los Filipenses (2,5-11) donde destaca el anonadamiento del Señor, que renuncia a la categoría divina, toma la forma de siervo y se humilla hasta someterse a la muerte de Cruz. Y es en ese rebajarse y ser elevado, esconderse y revelarse, donde se halla el verdadero camino de la perfección y de la santidad. Nos invita, por eso, el apóstol a “tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo” (Flp 2,5); porque no se asciende al encuentro con Dios, sino por el mismo camino por el que Él descendió a nosotros.

San Vicente tuvo un gran aprecio a esta virtud y la propuso como propia de quienes comparten su carisma. Según él, la humildad implica reconocer que todo viene de Dios; que no somos nosotros los que hacemos el bien, sino Dios en nosotros. Esto supone un voluntario vaciarse de sí mismo, no buscar el aplauso del mundo, no obrar por el qué dirán, elegir el último lugar, amar la vida oculta de servicio y trabajo, estimar a los demás más dignos que uno mismo.

Y porque eso es muy costoso, San Vicente nos enseña que es a Cristo a quien hemos de mirar como modelo de humil-

## Humildad: virtud de la cercanía

dad y en quien hemos de comprender el alcance de esta virtud. Reconoce, con san Pablo, que se despojó de su rango; que pasó por el mundo haciendo el bien; que llevó una vida oculta de aprendizaje y esfuerzo; que no buscó la admiración ni el poder; que se humilló hasta la Cruz. ¡Y todo ello siendo Hijo de Dios!

Todas estas ideas las entendemos cuando nos centramos en el Evangelio o leemos a los Fundadores. Pero no son fácilmente comprensibles en el mundo de hoy. Las crecientes conquistas de la ciencia y la técnica han multiplicado nuestras posibilidades y alimentan nuestra auto-complacencia. Hay actualmente una consideración más positiva de la naturaleza humana de lo que había antiguamente y se acentúa la conciencia de nuestra dignidad. Se reclaman incesantemente multitud de derechos y se proclama la igualdad de todos. Y todo eso está muy bien, pero no puede hacernos prepotentes. La propia consideración del pecado ha cambiado y de una mentalidad en la que parecía que todo era malo, hemos pasado a otra en la que todo resulta indiferente. Y cuesta entonces reconocer las faltas, identificar los defectos, poner nombre a los pecados. Para todo encontramos justificación recurriendo a la psicología, los signos de los tiempos, la sociedad o el ambiente. Y en un contexto así, no es fácil asumir humildemente las limitaciones y afrontarlas con serenidad y coraje.

Incluso ha cambiado la consideración de las virtudes. San Vicente hablaba constantemente de mortificación, penitencia, humildad, obediencia, mansedumbre, renuncia... virtudes todas ellas que connotan esfuerzo, sacrificio, dominio de sí, disciplina. Y todo eso hoy no tiene buen cartel. Se prefieren más actitudes como la autoestima, el dinamismo, la agresividad, la eficacia... Y difícilmente encaja aquí la humildad.

Pese a todo, hemos de subrayar que la humildad es virtud básica del Evange-

lio. Desde la Encarnación hasta la Cruz, desde el Magnificat a Pentecostés asistimos en el Evangelio a una reivindicación de los humildes y a una consagración de la humildad. Para San Vicente, esa humildad es el quicio de toda la vida espiritual. Porque nos lleva a reconocer nuestra limitación ante el Señor y a buscar en Él la superación y la Vida. Esto supuesto, ¿qué ha de suponer hoy para nosotros adentrarnos en la humildad?

En línea con la Regla, reconocer que somos criaturas, obra de Dios, que Él es nuestro Creador y Señor; que todo lo hemos recibido de Dios y que en Él vivimos, nos movemos y existimos (Hch 17,28)

Reconocer que dependemos de los demás. Vivimos en un mundo interdependiente y relacionado. Necesitamos a los demás y no podemos vivir sin ellos. Con los demás caminamos hacia el Reino y esto nos pide solidaridad y humildad.

Reconocer que somos pecadores. Que con frecuencia nos pueden los prejuicios, nuestro hablar con ligereza, nuestra pereza, nuestra incapacidad para conmovernos de verdad, nuestra falta de compromiso con la justicia, nuestra indecisión para situarnos junto a los que sufren... Y todo eso es pecado, que hemos de reconocer para superar.

Reconocer que necesitamos de la gracia divina. Nuestros dones son gracia. Nuestras cualidades son gracia. Nuestros carismas son gracia. Y si queremos alcanzar la santidad, necesitamos de la gracia. Sin esa conciencia, crece nuestra autosuficiencia y nuestra soberbia.

Si queremos encontrar consuelo, superación y plenitud, Jesús nos invita a que acudamos a Él, manso y humilde de corazón. Aceptemos confiadamente su invitación e imitemos su humildad para recorrer su camino.



# Afabilidad: virtud del buen trato

**L**lama la atención en “Wikipedia” que, al hablar sobre la afabilidad, dice que es “una virtud de los antiguos tiempos, aunque se encuentra todavía en personas que han conservado las tradiciones de noble sencillez y de generosa franqueza”. Desde luego, se conserva la afabilidad en los miembros de la Sociedad de San Vicente de Paúl, que se comprometen en su Regla a fomentar la virtud de la “afabilidad, confianza amistosa y buena voluntad invencible” (2.5.1)

La palabra “afabilidad” procede del verbo latino “affari”, que significa “hablar”; por lo que no nos extraña que el Diccionario de la Real Academia la defina como “calidad de agradable, dulce, suave en la conversación y en el trato”. Es la afabilidad, por tanto, la virtud de aquellos con quienes se puede hablar o comunicar fácilmente. Y puede relacionarse con la amabilidad, la cortesía, la cordialidad, la sencillez o la mansedumbre.

Asociada a esta última virtud de la mansedumbre, resulta la afabilidad una actitud muy propia de Jesucristo en el Evangelio. Es objeto de una de las ocho bienaventuranzas: “Dichosos los mansos, porque ellos heredarán la tierra” (Mt 5,5) con lo que se nos muestra como una de las virtudes esenciales para el cristiano. Él se presenta a sí mismo como “manso y humilde de corazón” en una escena llena de consuelo y esperanza (Mt 11,29) Se acercaba con auténtica sencillez y facilitaba el trato con los en-

fermos, pobres, pecadores o publicanos provocando en todos ellos la salud (Mt 15,29-31). Irradiaba paz en sus relaciones y todo el que se acogía a él quedaba reconfortado (Lc 24,31-34)

San Vicente de Paúl, a quien había impresionado la dulzura y cordialidad de San Francisco de Sales, recomendaba insistentemente esta virtud. Invitaba para ello a mirar el ejemplo de Jesucristo e imitar su cercanía y mansedumbre. Recordaba la importancia de un talante amable, afable y acogedor para conseguir un buen efecto misionero. Con mucho realismo aconsejaba la sabiduría de acompañar esta virtud con el respeto y la firmeza.

El mismo Federico Ozanam, hombre de temple y convicciones, supo mostrarse en su vida como una persona afable, de muy buena educación y respetuoso en el trato. Estaba muy bien dotado para las relaciones de amistad. Y todo ello favoreció tanto la comunión entre los Fundadores de las Conferencias como la visita amable y caritativa a los pobres y enfermos.

Desde estos testimonios, es fácil reconocer la afabilidad como la virtud que inclina al ser humano al buen trato, a decir y hacer aquello que contribuye a que sea más agradable la vida social. Santo Tomás estudió muy bien esta virtud de la afabilidad y dejó patentes unas cuantas enseñanzas:

## Afabilidad: virtud del buen trato

- la afabilidad puede entenderse como sinónimo de amistad.
- ha de saber combinarse con la rectitud y la exigencia.
- está en relación con la justicia, pues ambas virtudes, afabilidad y justicia, han de favorecer que un individuo se comporte con otro de la mejor manera posible.
- han de evitarse, como contrarias a la afabilidad, el malhumor, la falta de educación, el desorden, la grosería o el egoísmo.
- así mismo Santo Tomás alerta que la afabilidad puede degenerar en dos vicios: el halago exagerado y la severidad.

En toda esta dinámica se encuentra la Regla cuando pone la afabilidad en relación con la confianza amistosa y la buena voluntad invencible. Se viene a recordar que el vicentino ha de mostrarse como persona de confianza: que confía, en quien se puede confiar, que se abre a la comunicación, que ofrece cercanía, que valora la amistad. Y es indeclinable, además, en la buena voluntad: no tiene segundas intenciones, no se deja vencer por las frustraciones, persevera en el bien hasta el final. Estamos, por lo tanto, ante una virtud imprescindible para el vicentino. Si quiere seguir a Jesucristo e imitar su vida y si quiere acercarse al necesitado y ejercitarse en la caridad, le será indispensable la afabilidad, el buen trato, la mansedumbre, la cercanía y la comunicación, el deseo de comprender y acoger.

¿Qué medios se pueden cultivar para crecer en esta virtud de la afabilidad?

- Esforzarse por ser muy cuidadosos y respetuosos en el trato con los demás.
- Ser sencillos y francos en el hablar y en el relacionarse.
- Fomentar con naturalidad cuanto favorezca la convivencia.
- Capacitarse para sufrir las contrariedades con valentía y buen ánimo.

- Aprender a dominar la ira y a controlar los impulsos.
- Conjugar la dulzura en el trato con la claridad en las convicciones
- Abstenerse de palabras ásperas y de juicios sobre el prójimo
- Trabajar la capacidad de disculpar y perdonar.
- Estar siempre dispuestos a hacer un favor y a servir en esperanza.

La afabilidad no es una virtud de los tiempos antiguos, porque la virtud no la posee el tiempo, sino el ser humano. La afabilidad es una virtud del vicentino, que quiere practicar la noble sencillez y la generosa franqueza; que desea progresar en la confianza amistosa y en la buena voluntad invencible; que aspira a la santidad mediante la cercanía amable y el servicio caritativo a los necesitados. Urge, por eso, crecer en esta virtud para conseguir un mundo más habitable y unas personas más amables.

# Sacrificio: virtud de la generosidad

**E**n el actual contexto cultural en que no movemos, llama probablemente la atención que la Regla de nuestra Sociedad mencione el “Sacrificio” como una de sus virtudes esenciales. En tiempos pasados, y no muy lejanos, se valoraba ciertamente el sacrificio; y todos recordamos las invitaciones que se nos repetían a hacer un sacrificio “por las misiones”, “por la salud de un enfermo” o por otros motivos. Había también tiempos como la Cuaresma en que la práctica penitencial lo invadía todo; y se asociaba, además, esa práctica con la tristeza, el luto y las privaciones.

Hoy ha cambiado nuestra perspectiva y asistimos a una realidad paradójica. Por un lado, se ha dejado de lado esa mentalidad tradicional de los sacrificios y se han ridiculizado muchas de las prácticas antiguas. Pero, por otro lado, ha aparecido todo un conjunto de disciplinas que implican grandes esfuerzos: competiciones, gimnasios, deportes, dietas... Esto nos hace pensar que son distintas las motivaciones: el sacrificio ya no se hace para honrar a Dios o someter al cuerpo y sus pasiones, sino para tener mejor apariencia física y lograr una vida más saludable. En cualquiera de los casos, los sacrificios, aunque con otro nombre, siguen teniendo validez; por lo que habremos de centrarnos en el sentido que nosotros le damos.

La Regla acota el alcance del sacrificio cuando lo explicita como “suprimir

nuestro ego con una vida abnegada –los miembros comparten su tiempo, sus posesiones, sus talentos y se entregan en un espíritu de generosidad” (Regla 2.5.1) Se trata, por tanto, de ejercitarse para dominar el propio “yo” y poner la existencia entera en dirección al otro. Se trata de ir muriendo a uno mismo para ir también resucitando en la vida del otro. En este contexto, la virtud del sacrificio a que se refiere la Regla tiene mucho que ver con la virtud de la mortificación, de la negación de una vida montada sobre el beneficio propio para vertebrarla en provecho de los demás. Y es que no se trata tanto de sacrificarse por sacrificarse, de renunciar por renunciar, cuanto de dejar algo bueno por conseguir algo mejor, de descentrarse de uno mismo para centrarse en el prójimo. Y esto entraña voluntad, esfuerzo, sacrificio, disciplina, ascesis.

Entendemos así que en el horizonte cristiano el sacrificio tiene una dimensión distinta a la de otras religiones. En todas ellas aparecen los sacrificios como ofrenda o tributo que los humanos han de pagar a los dioses. Y se ofrecían frutos y se sacrificaban animales y hasta personas. También en el judaísmo se daba este tipo de prácticas (Ex 12,5-7; Lev. 1,3-17) aunque los profetas proclamaban que “prefiere el Señor la obediencia a sus preceptos más que los holocaustos y sacrificios” (1 Sam 15,22); que no le gustan a Dios las ofrendas, ni las víctimas consumidas por el fuego, ni los sacrificios, sino

## Sacrificio: virtud de la generosidad

que la justicia corra como torrente inagotable (Am 5,21-24)

En esta misma línea profética, Jesucristo proclama en el Evangelio según san Mateo: “misericordia quiero y no sacrificios” (Mt 9,13) Y, según afirma la carta a los Hebreos, el mismo Jesús es el que se ofrece en la cruz al Padre como sacrificio definitivo por los hombres (10,11-14) De ahí que se nos pida a los cristianos, en esa misma carta, que nos mostremos generosos y compartamos con los demás, porque estos son los sacrificios que agradan al Señor (Heb 13,15-16)

Tanto vuestra Regla como la carta a los Hebreos pone, pues, el sacrificio del cristiano en relación con la generosidad. El sacrificio no tiene sentido para nosotros por la simple privación. Eso es más propio de un tipo de filosofía que sospecha de la bondad del cuerpo y de la materia. El sacrificio tiene sentido para el cristiano en cuanto comunión con la entrega amorosa de Cristo al Padre en la Cruz y en cuanto actualización de esa entrega en la propia donación a los otros. El sacrificio, por tanto, implica mortificación, solidaridad, servicio, generosidad, amor.

Así lo entendía San Vicente de Paúl cuando ponía el sacrificio y la mortificación en relación con la búsqueda y el cumplimiento de la voluntad de Dios; con la práctica de la oración, que fortalece nuestras motivaciones; con la capacidad para soportarse los unos a los otros; con la disposición a aceptar las limitaciones y los inconvenientes; con la delicadeza y el respeto en el trato con los otros; con la caridad.

Hoy vemos en nuestra sociedad la capacidad que tantos tienen para afrontar sacrificios y hacer esfuerzos en función de su mayor bienestar. Se entiende, pues, también en nuestro tiempo la disciplina y el trabajo. Desde la fe cristiana, la vocación vicentina y el espíritu de la Regla, se trata ahora de purificar las mo-

tivaciones y de orientar nuestro ejercicio. En este contexto, podemos fijarnos en algunos aspectos que pueden expresar la práctica de nuestro sacrificio:

- Cultivar la fidelidad a nuestra fe cristiana y a nuestra vocación vicentina mediante la práctica asidua de la oración y la participación frecuente en la Eucaristía.
- Ejercitarse en la mortificación de los propios intereses para poner en nuestro centro el interés de nuestro prójimo, especialmente de los pobres.
- Ser capaces de renunciar a aficiones y a tiempo libre para solidarizarnos con otros y ayudarles en sus necesidades.
- Esforzarnos en una vida sobria y austera para poder disponer de más recursos a la hora de compartir con los pobres.
- Mostrarnos tolerantes con respecto a los demás y aceptar gustosamente la diversidad, el pluralismo, lo diferente.
- Aprender a ceder, siendo conscientes de que es cediendo como se entiende la gente.
- Acostumbrarnos a canalizar todas nuestras energías para el bien del prójimo.

Se trata, en definitiva, de asociarnos al sacrificio total y por amor de Jesucristo en la cruz y de actualizar ese sacrificio en nuestro servicio a los pobres.

# Celo: la pasión como virtud

**E**n su deseo de “fomentar el amor y el respeto por los pobres”, la Regla de la Sociedad de San Vicente de Paúl menciona como la quinta de las virtudes esenciales de sus socios el celo, del que dice que es “la pasión por el desarrollo humano pleno de las personas y por su eterna felicidad” (2.5.1) Es, por tanto, una virtud que tiene una doble vertiente: terrena y celestial. Se preocupa en este mundo por el bienestar integral de la persona; y relaciona ese bienestar con la plenitud a la que aspiramos en la eternidad.

En su acepción positiva, el celo tiene una cierta connotación de desmesura amable. Los Diccionarios de términos religiosos lo definen como gran interés por alguien o por alguna causa. Y ciñéndose a su acepción religiosa presentan el celo como la pasión por la causa de Cristo, la extensión de su Reino y la salvación de los hombres. El Diccionario de la Real Academia dice, por su parte, que el celo es un “amor extremado y eficaz a la gloria de Dios y al bien de las almas”.

En cualquiera de los casos, lo que se destaca del celo es la intensidad de su significado. Se trata de un interés grande, de la pasión por una causa, de un amor extremado y eficaz. Es, pues, una virtud que abarca a la totalidad de la persona, que pone todos sus sentidos, ideas y afectos en función de un ideal; de manera que la vida entera cobra sentido en la referencia a ese horizonte y deja de tener valor cuando el ideal

o la virtud decaen. No es, sin embargo, ni un mero sentimiento ni un arrebato ocasional. Es una fuerza constante y en crecimiento; que se alimenta de amor y que se encarna en una acción eficaz al servicio de Dios y de su Reino. Y es que en nuestra tradición cultural no se trata de una virtud referida a cualquier causa, sino “a la gloria de Dios y al bien de las almas”.

Se entiende fácilmente en esta perspectiva que el celo es la gran virtud del carisma evangelizador y, por tanto, la gran virtud de quienes participamos del espíritu vicenciano. Es éste un espíritu de caridad y de misión; por lo que el celo es el dinamismo provocado por la caridad y el aliento que impulsa la misión. Decía San Vicente de Paúl muy expresivamente que “si el amor de Dios es el fuego, el celo es la llama; si el amor es el sol, el celo es su rayo”. De ahí que una persona poseída por el amor de Dios nunca descansa; siente en su interior una quemazón continua que le mueve a obrar sin parar. Entendemos muy bien esta verdad cuando observamos en la iconografía cristiana la imagen de San Francisco Javier con el pecho incendiado por el celo misionero; un celo que lo empujaba de lugar en lugar en su deseo de ganar almas para Cristo.

Federico Ozanam fue también un creyente profundamente sacudido por esta virtud del celo. Constató con pesar que “la tierra se enfría y es a nosotros a

## Celo: la pasión como virtud

quienes nos corresponde recomenzar la gran obra de la regeneración”. Pensaba Ozanam que esa labor de regeneración no era exclusiva de los religiosos, ya que estaba plenamente convencido de que “el seglar se encuentra asociado al sacerdote en la obra de la redención universal”; por lo que entendía su vocación cristiana como un compromiso con la misión de la Iglesia. Se entrega, por eso, al ámbito universitario donde pretende “retener en torno a la cátedra a una juventud numerosa” a la que contagiar el espíritu cristiano. Con gran perspicacia advierte, y esto es muy válido para nuestro tiempo, que “hay que mostrar a la juventud que se puede ser católico y tener sentido común, que se puede amar la religión y la libertad”. ¿De dónde nacía en Ozanam esa convicción y esa fuerza? Sin duda, de la fe apasionada en el Dios de Jesucristo y de la pasión que sentía por recrear a la sociedad desde los principios cristianos.

A la luz de estos testimonios de San Vicente y del Beato Federico Ozanam. O a la luz del modelo de Cristo, que se entrega por entero a la misión porque no tiene otro alimento que “cumplir la voluntad del Padre” (Jn 4,34). O a la luz del gran apóstol que fue San Pablo para el que vivir es Cristo (Flp 1,21), y el evangelizar no una obligación que se le impone sino una necesidad que le nace de dentro (Cfr. 1 Cor 9,16) entendemos que la virtud del celo hunde su raíz en la realidad del amor.

A menudo entendemos el amor como un arrebatado sentimiento o como una tierna sensación del alma. Pero el amor tiene más que ver con la energía que con el sentimiento, con el dinamismo que con el afecto. Implica todo eso, es verdad, sentimiento y afecto, ternura y corazón. Pero guarda más relación con el interés y la creatividad. Platón decía concretamente que “amar es crear en belleza”, porque el amor enciende la imaginación, despierta la intuición, activa la sensibilidad y genera una realidad más

bella y humana. El amor sacude el interés por el otro, se centra en aquel a quien se ama, y excita la pasión por el bien del prójimo. Es una pasión que nos lleva a interesarnos por la situación del necesitado, a compartir sus sentimientos, a participarle nuestra vida, a tomar parte en la suya. Lo resume muy bien el lema de las Hijas de la Caridad, que han tomado de San Pablo: “La caridad de Jesucristo crucificado nos apremia” (2 Cor 5,14) Es una caridad que brota del amor de Dios y que se vuelca en la pasión por los pobres.

Por su carisma de caridad y de misión, el vicentino está llamado a crecer en esta virtud del celo. En esta hora de la nueva evangelización, toca a los miembros de las Conferencias participar en la misión de la Iglesia comprometiéndose más con la caridad; y esto implica una pasión grande por Dios y por sus preferidos, los pobres. De ahí que hemos de empeñarnos en cultivar una serie de cualidades que reflejen nuestro celo:

- Cualidades como una fe ardiente, enraizada en Jesucristo, comprometida con su misión evangelizadora, capaz de contagiarse por la fuerza de su testimonio.

- La disponibilidad total para abandonarse a la voluntad de Dios, ponerse a disposición de la Iglesia y ser testigo del Evangelio en todo ambiente y situación.

- Una urgencia misionera, que nace del latido de un corazón ganado por Cristo y empeñado en extender su Reino.

- Un amor apasionado a Dios, nuestro Padre, y a los pobres, nuestros hermanos. Amor que se siente. Amor que enardece. Amor que se expande. Amor que se compromete.





**Sociedad de San Vicente de Paúl**  
Consejo Superior de España  
C/ San Pedro, nº 3. 28014. Madrid  
Tfno: 91 369 79 90 – Fax: 91 429 60 09  
[ssvp@ssvp.es](mailto:ssvp@ssvp.es)  
[www.ssvp.es](http://www.ssvp.es)